

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

# **La universidad como formadora de productores de conocimiento.**

Mario Heler.

Cita:

Mario Heler (2007). *La universidad como formadora de productores de conocimiento. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/498>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# LA UNIVERSIDAD COMO FORMADORA DE PRODUCTORES DE CONOCIMIENTO

Mario Heler

Profesor titular de "Filosofía Social", Carrera de Trabajo Social. Investigador del CONICET y del IIGG.

[mheler2002@yahoo.com.ar](mailto:mheler2002@yahoo.com.ar)

Un malestar recorre nuestras aulas universitarias. Con distintas modalidades, se expresa en profesores y estudiantes, así como se hace oír en voces directa o indirectamente vinculadas con la universidad. Entonces nada ni nadie parece cumplir con lo que se espera: ni los docentes cubren las expectativas de los estudiantes, ni tampoco éstos la de aquéllos; ni cubren las expectativas el escaso financiamiento y sus correlativos rendimientos, ni el aprovechamiento de los esfuerzos empeñados encuentran posibilidades de realización en la sociedad, etc., etc.

Claro que las modalidades de expresión de este malestar depende de la posición que se ocupa en el campo universitario y en el social. Pero también revelan las fuerzas que bregan en la cuestión de definir lo que se pone en juego en la formación universitaria.

En la provocación del malestar parece desempeñar un papel básico la comparación, más o menos explícita, de nuestra peculiar situación con un modelo importado de un primer mundo idealizado, que sí contaría con el necesario financiamiento, la apropiada infraestructura de laboratorios y bibliotecas, el reconocimiento y los nexos sociales que hacen productiva la formación durante su concreción y después –obviamente, siempre en el mercado.

Pero, el malestar se vincula además con los cambios de nuestra sociedad en transición, que a su vez afectan y son afectados por la práctica actual de la ciencia y que, como no podía ser de otra forma, se reflejan en la formación en la universidad (con independencia de los deseos y voluntades de los actores), alterando los procesos de enseñanza y de aprendizaje, así como las subjetividades involucradas. Más aún, la indiferencia o la desatención contribuirían a la consolidación de esos cambios sin oposición, haciéndonos de hecho cómplices. Es que hoy el campo intelectual, inserto en la llamada "sociedad del conocimiento", está atravesado por exigencias de transformación, que si no son resistidas, convierten al conocimiento y a los científicos en meras *mercancías*, dejando operar a su antojo los *dispositivos de clausura* de la producción científica (dispositivos al servicio del mantenimiento de la dominación y dirigidos por ende a encauzar la investigación y la enseñanza en una única dirección: la dirección que se impone desde organismos internacionales e intereses económicos globales).

En este contexto, tomo como punto de partida la consideración de que en el capitalismo –desde sus comienzos hasta su ostensiva manifestación en nuestros días–, la mercancía se representa como bien de consumo y sólo en un segundo plano se presenta como producto del trabajo humano. De este manera, la producción se halla desenfocada, ya que aunque sea objeto de atención y ocupación, queda mediada por el consumo, supeditada, por consiguiente, al logro de sus productos, mientras que el productor queda reducido al *homo economicus* que racionalmente determina su interés desde la *perspectiva del consumidor*. Es que *el consumo realiza el valor de uso de la mercancía pero inscripto en el proceso de realización del capital*, el gran consumidor de todos los consumos (Heler : en prensa)..

Resulta entonces que la imposición por doquier de la perspectiva del consumidor, supedita a los productores, en este caso, de la ciencia, ya desde su formación como científicos. Tal supeditación funciona a través de las posibilidades de *acreditación* (HELER: 2004 y 2006), las que condicionan las potencialidades de producción y las encorsetan en lineamientos que, en nombre de cierta excelencia –más pregonada que efectiva–, actúan como un lecho de Procusto: cercenan lo que no responde a esos lineamientos y extienden la presunta científicidad a la reproducción de estereotipos que entorpecen la producción científica fecunda.

Y entonces, involucrando a estudiantes y docentes, actúa la tensión que está a la base de la formación universitaria: *¿formación de productores o formación de consumidores de conocimiento?*

*Consumidores* en tanto lo usual es la formación de científicos con *apariencia de productores* pero que sólo *reponen* las mercancías científicas que acreditan en el mercado y/o en el campo científico. Consumidores que se exhiben como productores pero productores que se preocupan y ocupan de los productos, poco atentos a la producción y a las posibilidades que ella abre, dedicados a la reposición de las orientaciones dominantes –en la enseñanza, en la investigación y en las intervenciones–, consumiendo recetas (teóricas, metodológicas, técnicas) supuestamente productivas, recetas disponibles para la obtención de las mercancías científicas.

Es que *la clausura* induce a que el *productor* se restrinja (podría decirse) a menos que *reproductor* (capaz aún de provocar mutaciones no queridas). Coacciona entonces a la adopción del papel de *repositor*, que varia e innova pero sin alterar el orden seguro del consumo. El *productor-repositor* contribuye a abastecer las góndolas con tentadores nuevos productos, que introduciendo una diferencia marginal,<sup>ii</sup> hacen obsoleta la innovación de ayer, impulsando el consumo, sin cuestionar la hegemonía de la perspectiva del consumidor y reproduciendo el orden del consumo. Y poco importa que sea el consumo de bienes llamados simbólicos, inmateriales o intangibles. Entonces se hace relevante, por ejemplo, el uso de una novísima terminología acorde con los últimas propuestas de los productores del Norte (pero sin el necesario esfuerzo del trabajo del concepto) y sólo se utiliza como muletilla que *aggiorna* lo que se venía ya diciendo y haciendo (a veces, pese a sus muestras de inoperancia) y con el objetivo de aparentar actualización, siendo sólo una adaptación

superficial a la moda de cada momento. Lo mismo ocurre con la adopción de nuevas técnicas y procedimientos, o bien con el afianzamiento en nuevas líneas de trabajo como nichos que, por ostentar el prestigio de su lugar de origen, servirían para hacerse un lugar en el mundo científico.

La forma de operar de la clausura reclama garantías de que aquello que se produzca cumpla con las demandas del consumo, demandas que también tiene como destinataria a la actividad científica y, por tanto, a la formación de científicos. Tales garantías provienen de *criterios* que se instauran para demarcar las producciones productivas (las que satisfacen el consumo, y que hay que promover y asegurar) de las que no lo son, y que por ende habrá que cancelar o transformar. Se trata de *criterios externos* a la producción, pues se derivan de la exigencia de seguridad del consumidor, imponiéndose por sobre el movimiento propio, interno, de la producción; criterios que certifican la *calidad* de los productos por medio del control de la producción. Así, en la búsqueda de obtener el aval del control de calidad para sus productos, los productores tienen que acomodarse a tales criterios, limitando las posibilidades de la producción a las que acreditan en el mercado de consumo —en nuestro caso en el mercado de los conocimientos y los expertos. Nos encontramos con esos criterios de control de calidad en los formularios para solicitar subsidios y también en las exigencias para el reconocimiento y la evaluación de carreras de grado y de posgrado, en los requisitos de aprobación del plan de estudio de cada carrera y en las pautas de evaluación de las asignaturas.

No obstante, la *formación de productores* no está ausente de las aulas universitarias. Es que aunque la producción quede fuera de foco en la perspectiva del consumidor, el consumo depende de la producción (Heler: 2004, septiembre y 2006), y la investigación tanto como la intervención y la docencia reclaman la creatividad de la producción (aunque se la reserve para ciertos grupos e individuos). Bajo la dominación de la perspectiva del consumidor, se puede desenfocar la producción. Pero la índole parasitaria del consumo no puede prescindir de ella, so pena de matar a la gallina de los huevos de oro. De ahí que la sociedad de control necesite aumentar su capacidad de *integrar* las resistencias a la clausura, pero obturando su fuerza crítica, cuestionadora, de lo establecido. No hay entonces consumidores o productores, sino *una permanente tensión* entre ambos, bajo la penetración de los dispositivos de clausura.

Pero frente a tal tensión no se trata de optar, de elegir entre alternativas incompatibles, sino de implementar estrategias que hagan posible la producción aun bajo las condiciones del predominio del consumo. No se trata entonces de un problema de toma de decisión adecuada, de tomar partido por un lado o por el otro. Por consiguiente, asumir la perspectiva del productor supone la lucha contra los dispositivos sociales que subordinan la producción al punto de vista del consumidor; contra esos dispositivos que no están sólo coaccionando desde fuera de los posibles productores, sino que están *incorporados* en sus subjetividades (*in-corpore*, en el cuerpo; siendo marcas de las identificaciones que nos constituyen). Requiere entonces “ser consecuente” (Badiou: 2004) con la defensa de la perspectiva de productor contra su sujeción a la del consumidor. Se trata de un requerimiento que

además nunca se da en solitario, sino que siempre es con los otros, en un trabajo conjunto de desidentificación y construcción de nuevas subjetivaciones (Badiou: 2004).

En medio de la tensión productor-consumidor, dirimimos docentes y estudiantes nuestra práctica de formación, y una de los extremos, el de consumidores, tiende trampas para clausurar la producción, para encauzar (y no para anular) la producción en las modalidades dominantes.

Pero si éstas son las circunstancias de la formación universitaria, solamente en el enfrentamiento a la tensión productor-consumidor, en conjunto, estudiantes y docentes, podríamos transformar en fecundo el malestar en y con la universidad.

Un punto fundamental para el abordaje de un tal enfrentamiento parece depender de la decisión acerca del momento en que hace falta apostar a la producción durante la formación. Solemos pensar que la producción es una etapa posterior a la incorporación de ciertos conocimientos, de ciertas habilidades y capacidades, y que sólo después de tal incorporación puede comenzar a plantearse la producción y la formación de productores. Pero así se corre el riesgo de que el momento de la producción no llegue nunca, apuntalando la formación de consumidores con apariencia de productores.

Por el contrario, la incorporación del *habitus* de productor requiere que se ponga en práctica desde el inicio de la formación, bajo las exigencias internas a la producción, y no sólo practicada por los estudiantes sino también por los docentes.

Sólo el trabajo *cooperativo* de producción puede articular el proceso de enseñanza y el de aprendizaje en la formación de productores: *docentes y estudiantes formándose en la producción como productores*. Pero siempre que no partamos de las carencias (Heler: 2006: § 2), de las capacidades que necesitarían y no poseen los estudiantes y tal vez tampoco los docentes. Se trata precisamente de tomar en cuenta las condiciones materiales para ir generando los requisitos inmanentes a cada producción cooperativa de productores.

Esta perspectiva puede parecer idílica y negativamente utópica, sobre todo porque esas condiciones materiales refieren a formaciones previas deficientes (y orientadas al consumo), en aulas atestadas, con docentes mal pagos (y también escasamente formados en la producción), demandados estudiantes y docentes por la acreditación de conocimiento y habilidades cuantificables (sin atender a los procesos y sus tiempos, sino sólo a sus productos). Pero si no fuera así, la lucha por la formación de productores en las aulas universitarias no sería tan necesaria, y no habría quizá malestar, ni quejas. Aunque quizá la tensión entre la formación de productores o de consumidores se expresaría bajo otras formas.

La tarea de formar productores es ardua y compleja. El trabajo cooperativo entre estudiantes y docentes encuentra obstáculos que muchas veces parecen

insalvables. Pero siempre se puede volver a empezar, volver a intentar aprendiendo de los fracasos, de las posibilidades abiertas en el proceso, ocupados en la producción para la producción (*con sus productos, pero no por ellos*), en generar como docentes condiciones de posibilidad para la formación de productores, sin dejarnos cegar por el acostumbrado privilegio dado a los productos y su evaluación.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

Badiou, A. (2004). "La idea de justicia". *Acontecimiento. Revista para pensar la política*, N° 28, Bs. As.: Grupo Acontecimiento, 9-22.

Castoriadis, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Bs. As.: EUDEBA.

Heler, M. (2004): *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Bs. As., Biblos.

Heler, M. (2004, septiembre). "La producción de conocimiento en el Trabajo Social y la conquista de autonomía". *Escenarios. Revista Institucional*, Año 4, N° 8. La Plata: Escuela de Trabajo Social-UNLP, 6-16

Heler, M. (2005). "Entre la producción y la acreditación". *Cuadernos del Sur-Filosofía*. 34. Bahía Blanca: UNSur, 77-94

Heler, M. (2006). "Dispositivos de clausura en las reflexiones sobre el *ethos* contemporáneo". En C. Ambrosini y otros (2006): *Miradas sobre lo urbano. Reflexiones sobre el ethos contemporáneo*, Bs. As.: Antropofagia, 53-70 .

Heler, M., "La formación de trabajadores sociales y la producción del trabajo social". En P. Meschini, y S. Cecchetto, S. (Eds). *Nuevos escenarios sociales para la formación profesional - Trabajo Social y formación superior-* Mar del Plata: Facultad de Ciencias de la Salud y Servicio Social de la Universidad Nacional de Mar del Plata. En prensa.

Rancière, J. (1996),. *El desacuerdo. Política y filosofía*, Bs. As.: Nueva Visión.

---

<sup>i</sup> Castoriadis caracteriza la "clausura" así: "Cualquier interrogante que tenga sentido dentro de un campo clausurado, en su respuesta reconduce a ese mismo campo", esto es, reconduce todo planteamiento hacia los parámetros y las modalidades aceptados dentro del campo, procurando así desarraigar las disidencias a través de la domesticación de la crítica. Castoriadis, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Bs. As.: EUDEBA, p. 319. Cf. Heler, M. (2006), pp. 53-70 .

<sup>ii</sup> Una "diferencia", por ejemplo, entre mercancías de diferente marca, es "marginal" si sólo modifica o agrega algo inesencial al producto. Es cierto que también algunos productos hoy presentarían diferencias no marginales por constituir auténticas innovaciones (por ejemplo, en la informática). Pero, por lo general, el consumo se impulsa a través de esas diferencias marginales. A través de diferencias no marginales el impulso se intensifica para abrir nuevas áreas de consumo. De cualquier manera, el tipo de diferencia depende de los términos de la comparación.